

## Hebreos 12:18-24

Sermón Pentecostés 14 Hebreos 12:18-24

<sup>18</sup> No os habéis acercado al monte que se podía tocar, al fuego encendido, a las tinieblas, a la profunda oscuridad, a la tempestad, <sup>19</sup> al sonido de la trompeta y al estruendo de las palabras, que los que lo oyeron rogaron que no se les hablase más; <sup>20</sup> porque no podían soportar lo que se mandaba: *Si un animal toca el monte, será apedreado.* <sup>21</sup> Y tan terrible era aquel espectáculo que Moisés dijo: "*¡Estoy aterrado y temblando!*"

<sup>22</sup> Más bien, os habéis acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, a la reunión de millares de ángeles, <sup>23</sup> a la asamblea de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el juez de todos, a los espíritus de los justos ya hechos perfectos, <sup>24</sup> a Jesús el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

Los cristianos del tiempo del escritor del libro de Hebreos estaban bajo severas pruebas y tentaciones. Habían sido judíos, dedicados a la ley, pero sin haber entendido el verdadero propósito de la ley y su situación desesperada cuando tenían su esperanza en la ley. Pero habían llegado a conocer a Cristo y el evangelio de la salvación por medio de él. El problema es que ser cristiano también les trajo persecución y dificultades, tantos que muchos se veían tentados a volver al judaísmo y así escapar esas presiones y sufrimientos. Pero hacer eso sería desastroso.

Tal vez a nosotros la tentación no es convertirnos en judíos. Pero igualmente, tenemos pruebas y tentaciones, presiones que a veces nos hacen preguntar: ¿Vale la pena esa presión? ¿Qué provecho hay realmente en ser cristiano, cuando de todos modos mi vida se siente tan presionada, tan llena de dificultades? De hecho, parece muchas veces que a los que no son cristianos les va mucho mejor. El resultado es que las manos se caen y las rodillas se paralizan, como dice nuestro escritor en el v. 12. Para nosotros también nos hará bien considerar qué está en juego cuando somos tentados a la indiferencia a los privilegios que son nuestros como creyentes en Jesucristo.

Así que, queremos considerar esto para nuestro tema de hoy:

**Recuerden esto para combatir el desánimo.**

Usando la figura de dos montes, el escritor nos presenta las únicas dos alternativas cuando se trata de la salvación eterna. O tendremos que basarnos en la ley, en nuestras propias obras y esfuerzos, o tendremos que ser salvos únicamente por la gracia de Jesucristo. La salvación por la ley y lo que esto significa se

nos presenta como el Monte Sinaí, mientras la salvación por Jesucristo se presenta bajo la figura del Monte Sion. Vamos a considerar estos dos caminos. Primero el autor nos recuerda:

I. No hemos venido al Monte Sinaí.

El Monte Sinaí es presentado como símbolo del reinado de la ley. Para eso, el autor nos lleva al escenario lleno de espanto que acompañaba el establecimiento del pacto de la Ley con Israel. Todo esto es descrito en detalle en el capítulo 19 de Exodo. “Aconteció al tercer día, al amanecer, que hubo truenos y relámpagos, una densa nube sobre el monte, y un fuerte sonido de corneta. Y todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció. Moisés hizo salir al pueblo del campamento al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehovah había descendido sobre él en medio de fuego. El humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremeció en gran manera. Mientras el sonido de la corneta se intensificaba en extremo, Moisés hablaba, y Dios le respondía con truenos” (vv. 16.19). Nuestro texto describe los mismos acontecimientos con estas palabras: “No os habéis acercado al monte que se podía tocar, al fuego encendido, a las tinieblas, a la profunda oscuridad, a la tempestad, al sonido de la trompeta y al estruendo de las palabras, que los que lo oyeron rogaron que no se les hablase más”. Si pueden imaginar la situación, creo que todos nosotros igualmente habríamos sentido temor. Hemos visto la fuerza de la naturaleza y lo que pueden hacer los volcanes, los huracanes. Algunos hemos experimentado las tormentas de relámpagos y truenos, que pueden ser excitantes cuando guardan su distancia, pero cuando cae el rayo cerquita, no se queda nadie que su corazón no late fuertemente.

Pero esta no fue una manifestación de algo en la naturaleza, ni una combinación de tales cosas. Estas eran manifestaciones terroríficas de Dios mismo, Dios que hablaba las palabras de su Ley en voz propia. El Pueblo de Israel ese día sintió la verdadera función de la ley. Les causó terror. Les hizo sentir su culpa y su indignidad de estar en la presencia de un Dios santo. Nadie allí podía pensar que podía estar en la presencia del Dios santo sin nada que temer.

De hecho, esta impresión fue reforzada con otro reglamento y con una amenaza que lo acompañaba. “Tú señalarás un límite al pueblo, alrededor, diciendo: "Guardaos; no subáis al monte ni toquéis su límite. Cualquiera que toque el monte, morirá irremisiblemente. Nadie pondrá sus manos sobre él, porque ciertamente será apedreado o muerto a flechazos; sea animal u hombre, no vivirá.” Nuestro autor resalta esto diciendo: “porque no podían soportar lo que se mandaba: *Si un animal toca el*

*monte, será apedreado.*” El mensaje era inequívoco, el hombre pecador no puede estar en la presencia del Dios santo.

Pero ¿qué tal el que sirvió como el mediador en dar al pueblo el pacto de la Ley? ¿No era él una excepción, y por tanto un ejemplo que daría al menos la esperanza de que alguien pudiera vivir de tal forma que Dios tendría que aceptarlo en su presencia? De ningún modo. El mismo Moisés, el mediador del pacto de la Ley, exclamó: “*¡Estoy aterrado y temblando!*”

¿Por qué toda esta exposición del terror de los de Israel frente al Monte Sinaí? Fue para recordar a sus lectores que abandonar a Jesucristo es volver a esos terrores de la ley. Los lectores de entonces tenían que saber que, si volvían al judaísmo, si abandonaban a Jesucristo, en realidad estaban volviendo a esos terrores de la ley. Si pensaban que no, sólo estaban engañando a sí mismos; cerraban sus ojos a lo que la ley realmente exigía - la absoluta perfección - y lo que la ley amenazaba a cualquiera que no la cumpliera así - la muerte eterna y los terrores del infierno.

Puede haber personas que al oír solamente la letra de la ley y sin pensar demasiado en el grado en que se tiene que cumplir pueden pensar que lo han hecho. Tal persona fue el joven rico, que al oír los mandamientos dijo fácilmente, Todos estos he guardado desde mi juventud. Pero cuando Jesús le exigió demostrar que su corazón estaba dedicado 100% a Dios, mandándole a vender todo lo que tenía y seguirle a él, se fue triste. Tuvo que reconocer que en realidad no había cumplido ni el primero de los mandamientos.

Si por el momento algunos pueden engañarse, no siempre será así. Cuando venga el Señor para juzgar, todos los que esperaban en la ley y sus propias obras tendrán que oír: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recibisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Entonces le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?" Entonces les responderá diciendo: "De cierto os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco lo hicisteis a mí." Entonces irán éstos al tormento eterno.

Hermanos, esto es lo que espera a nosotros también si nos dejamos influir por las tentaciones y las pruebas a abandonar a Jesucristo y la fe en él, y dejar su iglesia para vivir otra vez en el mundo o en las falsas religiones de la ley. Por ese camino, aunque pueda parecer atractivo por el momento para escapar de alguna presión, algún sufrimiento o alguna persecución o las

burlas, sólo hay desastre al final, el terror de las tinieblas eternas, donde habrá espanto y crujir de dientes.

Retengamos, más bien, lo que tenemos. Hemos dejado atrás a Sinaí para venir al Monte Sión, y ¡cuan glorioso es ese monte! El Monte Sión es el monte que está en el punto más alto de Jerusalén. Pero Jerusalén es la ciudad donde Dios determinó morar con su gracia y favor entre su pueblo del Antiguo Testamento. Así que el Monte Sión llegó a significar el pueblo de Dios, y finalmente la iglesia de los verdaderos creyentes. Y así es como el autor nos lo presenta aquí.

Es llamada la ciudad del Dios vivo. Sinaí era inhabitado e inhabitable. Pero Jerusalén era una ciudad llena de vida. Eso recordaba la verdadera fuente de la vida, el que vivifica a su pueblo, el Dios vivo. En la ciudad terrenal de Jerusalén en esos días dominaban los enemigos de Dios y de su Cristo. Pero hay otra Jerusalén, la Jerusalén celestial, en medio de la cual Dios mismo habita. Esta es la santa iglesia cristiana. Es esa ciudad que finalmente descenderá de los cielos en gloria para gozar de una eternidad en la presencia de Dios y su Cristo.

Hemos llegado también a la asamblea festiva de muchos millares de ángeles. No solamente nosotros nos unimos en alabar a Dios por su salvación, los ángeles en el cielo forman con nosotros una gran congregación, y añaden sus voces perfectas a nuestras voces débiles en los cánticos y oraciones. Nuestra alabanza es “con ángeles y arcángeles y con toda la corte celestial”, nos recuerda nuestra liturgia. Cuando Cristo volvió victorioso de la lucha con la Ley, el pecado, la muerte y Satanás en el día de la ascensión, los ángeles lo aclamaban y no han dejado de hacerlo desde entonces. ¡Qué gloria poder añadir nuestras voces a las suyas!

Nos hemos llegado a la congregación de los primogénitos. Esta es una expresión por la iglesia militante aquí en la tierra. Todos los creyentes en Jesucristo - porque eso es lo que hace a la persona un miembro verdadero de la iglesia - son primogénitos. Sus nombres están escritos en los cielos. El significado es que son herederos, herederos seguros de la gloria celestial. Tal vez aquí su situación parezca de lo más frágil, todo menos gloriosa. Pero el final del camino es la vida, la vida gloriosa en los cielos. ¿Cómo abandonar esto, abandonando a Jesucristo?

Es más, hemos llegado a los espíritus de los justos hechos perfectos. Aunque nosotros todavía luchamos, y sentimos el mucho pecado que todavía se nos adhiere, hay los que ya han llegado a la meta. Han muerto en el cuerpo, pero habían sido

justificados, pronunciados justos con el perdón de sus pecados a causa del mérito de Jesucristo, de modo que se describen como justos. Pero ya, como han pasado de este mundo por medio de la muerte guardando todavía su fe en su Salvador Jesucristo, han llegado a ser perfectos. Y nosotros estamos prontos a unirnos con ellos, si también nos quedamos fieles a nuestro Salvador Jesucristo.

Porque hemos llegado al mismo Mediador del nuevo pacto del perdón y gracia. “A Jesús el mediador del nuevo pacto”. El antiguo pacto amenazaba la muerte y la destrucción a todo el que no cumpliera perfectamente la ley. El nuevo pacto es establecido en Cristo, Dios mismo, descendido del cielo, que tomó sobre sí mismo todo nuestro pecado y nuestras transgresiones, y se ofreció a sí mismo en el altar de la cruz para obtener eterna redención y perdón para todos los pecadores. “He aquí vienen días, dice Jehovah, en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No será como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, mi pacto que ellos invalidaron, a pesar de ser yo su señor, dice Jehovah. Porque éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehovah: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya nadie enseñará a su prójimo, ni nadie a su hermano, diciendo: ‘Conoce a Jehovah.’ Pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehovah. Porque yo perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado”.

La sangre expiatoria, que él derramó en la cruz, por la fe ha rociado a nosotros, purificándonos de todas las infracciones por las cuales de otro modo Dios tendría que castigarnos. Esta sangre no habla para pedir venganza, como la sangre de Abel pidió justicia contra su hermano Caín que lo había matado. Más bien pide a Dios perdón. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. “Tenemos un abogado con el Padre, a Jesucristo el justo”. Y a nosotros, esa sangre anuncia el perdón de todos los pecados como una cosa ya hecha, ya lograda, de modo que, sencillamente creyendo en Cristo, tenemos ese perdón. Esta mañana otra vez esa sangre va a hablar a nosotros en el sacramento, cuando se nos invita a recibir la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, derramada por vosotros para el perdón de todos vuestros pecados.

¿Cómo contemplar dejar todas estas glorias para estar otra vez bajo el espanto de la ley? Meditemos más bien en las verdaderas glorias que son nuestras, y lo que pronto gozaremos en el cielo. Así serán fortalecidas las manos caídas y las rodillas paralizadas, y seguiremos caminando la única senda a la vida eterna, la fe en nuestro glorioso Redentor Jesucristo. Amén.

